III

Desde la muerte de su padre y durante las incertidumbres de la liquidación de sus negocios, Gabriela había habitado el hotel donde pasó los más hermosos y felices años de su juventud.

Después de los primeros días del luto en que recibió gran número de visitas, una soledad triste, sombría, reinaba en el palacio.

Su desgracia alejó de ella á sus mejores amigas que juzgaban como un rasgo heróico de locura, la renuncia hecha por Gabriela de la importante fortuna de su madre, la cual estaba perfectamente garantizada, puesto que ninguno de los inmuebles que componían la fortuna patrimonial habían sido enagenados ó hipotecados.

La conducta de Gabriela fué muy admirada al principio, pero después, siguiendo una senda de indiferencia sensible, llegó hasta la envidia.

Así es, que no era estraño escuchar en los salones de Nantes, conversaciones como la siguiente, sostenidas por señoritas que en otro tiempo se decían amigas de Gabriela:

—¿Qué pensais de la coducta de la señorita Desgranges?

—¿No os parece que el orgullo entra por mucho en sus acciones?

—¿No ha sido un acto de vanidad por el cual se ha despojado con ostentación de lo que, después de todo, le era indispensable para vivir?

—Pienso como vos. La gloria es muy hermosa, pero no se come con ella; y ¿qué hará ahora?

—Nada sé. Dicen que toca el piano con gran maestría. Podría dedicarse á dar lecciones...

—A franco y medio por lección. ¡Un bonito oficio! Y después de todo, no es una gran cosa. Ejecución de aficionada, muy buena para hacer bailar una noche. No se conquista el título de profesora de música por saber tocar bien una polka.

—Se la buscará una colocación de institutriz; pero es tan orgullosa que no se sabe si aceptará.

—La profesión de institutriz exige sumo cuidado. No se es ni ama ni criada y, además, está llena de peligros. Los primitos, los maridos, los colegiales en vacaciones, todos se esconden en los quicios de las puertas para galantearlas; en fin, queridas, es una profesión insufrible. Y luego que la hermosa Gabriela es un constante peligro para la señora de la casa donde esté.

—Pues tendrá que decidirse por una ú otra

cosa, porque con su reputación de integridad y virtud no se vive, y hay que pensar en algo práctico.

—Tenéis mucha razon.

Ya no les faltaba más por añadir que había robado á los acreedores de su padre y que su desprendimiento era muy natural y justo, y que nadie más que ella debía saldar el déficit creado por sus prodigalidades y excesivo lujo.

¡Pobre Gabriela!

Después de una de estas conversaciones, que sin desplegar los labios había escuchado el general, fué cuando se propuso corregir las culpas de la fortuna y las injusticias de la opinión hacia aquella noble é interesante víctima.

Tal vez la belleza de Gabriela había deslizado al oido del general una suprema y decisiva solicitud. Sin darse cuenta, pensaba que la gratitud de la joven sería para él la mejor recompensa de su acción.

Difícilmente hubiera encontrado perla de mejores aguas que aquella para engastarla en sus millones; el carácter noble de la señorita Desgranges y las crueldades de sus amigas, fueron los primeros móviles de su determinación.

Gabriela soportaba con gran entereza las heridas hechas á su amor propio. Hacía frente á la adversidad con rostro sereno, y comprendía, bajo las perífrasis y precauciones de sus amigas, las maldades y alusiones, que ya ni se cuidaban de entreverar con esas frases triviales que se usan en las visitas de pésame.

La jóven continuaba impasible en medio de la tormenta. Se necesitaba acercarse demasiado á la encina para cerciorarse de que estaba aniquilada.

Una esperanza la sostenía.

En sus largas horas de soledad y melancolía, recordaba las misteriosas confidencias de Roberto y sus tiernas miradas, que equivalían á una declaración formal. Sus cariñosas palabras resplandecían y Gabriela las leia distintamente en la página, casi blanca, de sus recuerdos.

Roberto fué el único que logró cautivar el corazón de la señorita Desgranges.

Su viva imaginación le recordaba las dulces palabras murmuradas por el capitán al dar una vuelta de vals.

Guardaba constantemente, sobre su corazón, una tarjeta recibida de San Peterburgo, cuando ocurrió la catástrofe de su padre y en cuyo reverso se leía lo siguiente:

"*Sufro con vuestras penas tanto como vos. Confiad en mí.*"

De pensamientos elevados y desinteresados, nunca pensó, cuando el mundo veía en ella la heredera única de un padre diez veces millonario, que Roberto era un militar sin fortuna.

Vió en el gallardo oficial al hombre escogido por su corazón, figurándosele con la misma nobleza de carácter y con los mismos desinteresados sentimientos que se juzgaba ella misma.

Los días pasaban y tras los dias las semanas.

De vez en cuando, recibía Gabriela alguna

palabra cariñosa, trasmitida por el general, pero el ausente no daba señales de vida.

No hubo consuelo para Gabriela. El correo fué mudo y el telégrafo silencioso.

Entonces pensaba que se había equivocado y que las dulces frases que había creído entender entre la *Ola* de Metra ó el *Danubio* de Strauss, eran ilusiones de su imaginación.

Cuando cesaron las visitas, el aislamiento fué mayor.

Gabriela tuvo entonces un gran desfallecimiento moral. La realidad, en su severa forma y brutal desnudez, se le apareció.

Estaba abandonada y reducida á sus propias fuerzas.

Iba á comenzar el combate, y los soldados se habían pasado al bando enemigo.

Un solo amigo fiel quedó de aquella traición universal: el general de Branville.

Casi todas las noches pasaba una hora en compañía de Gabriela, y la preguntaba con interés por lo que había hecho durante el día y acerca de su esperanza y de sus proyectos para el porvenir.

La amistad de este hermoso y honrado corazón le daba fuerzas. En su presencia cobraba nuevo valor, y siempre se esforzaba por ocultarle sus penas, que cada día iban en aumento.

Una noche, sin embargo, no pudo más.

Había recibido la visita de la marquesa de Santa Clara que la había, con gran desden, brindado protección.

Con una sola palabra la marquesa la había excluido de las mujeres que componen el mundo.

La exclusión era completa. La sociedad nantesa la cerraba sus puertas.

Su majestad el dinero había triunfado.

Cuando llegó el general no pudo ocultarle su pena y á sus instancias le refirió, que la marquesa con una solemnidad glacial, la había dicho, que comentábase mucho su prolongada estancia en el hotel, que era necesario que tomase una resolución y que no la convenía vivir en medio de un lujo del cual ya debiera haberse despedido.

En efecto, el hotel Desgranges continuaba amueblado como en los días de su mayor esplendor.

Aquel lujoso mobiliario y la insignificante cantidad que había quedado á Gabriela, eran los únicos restos del naufragio, y la marquesa le aconsejó su pronta realización.

El consejo en sí no tenía nada de censurable, pero la buena señora había usado unas maneras tan despegadas y un aire tal de protección, que recordaba al célebre cirujano que con cara de cocodrilo explica á sus discípulos, reunidos alrededor de la cama del paciente, lo que va á hacer para salvarle, diciendo:

—Vamos á practicar insiciones en los muslos, á aserrar los huesos; en una palabra á curar al enfermo.

La alteración de su rostro denotaba la exaltación de su ánimo, sus ojos brillaban y su seno se agitaba, impulsado por la cólera.

—Y ahora, mi querida niña—la peguntó el general,—¿qué partido pensáis tomar?

—El único que me resta y que me libra de las asechanzas de esas gentes. Dentro de algunos días, cuando haya realizado los escasos

bienes que me quedan, entraré en un convento. Creo que producirán más de cien mil francos; de modo que tengo más del dote exigido para entrar en las Ursulinas ó cualquier otro convento.

Después de esta confesiòn casi se mostró contenta.

—Tenía miedo, lo confieso—continuó Gabriela.—Me parecía que una vez cortados mis cabellos—y acariciaba con orgullo sus magníficas trenzas,—me hubiera muerto de pena. Es sin duda una tontería, pero el frío de las tijeras me produce la misma sensación que la que sentirá el condenado al caer sobre su cuello la cuchilla de la guillotina. Es una operación ridícula y me fastidia ponerme fea. Pero, ¡qué le hemos de hacer! el mundo no me quiere ya y no hay más remedio que conformarse.

El general se levantò, y acercándose á Gabriela, la dijo:

—Hija mìa, si os ofreciese un medio de vivir y de volver todos sus desdenes á esas amigas que ayer os envidiaban, que hoy se alegran de vuestra desgracia y se complacen en haceros sufrir, ¿qué me contestarìais?

Un temblor nervioso recorrió todo el cuerpo de Gabriela.

Habia adivinado, aunque vagamente, cuál era ese medio.

Sus hermosos ojos, inquietos como los de una corza perseguida por los cazadores, los fijó en los del general, cuyo rostro bondadoso y plácido no se inmutó.

Viò la agitaciòn de Gabriela y procuró calmarla.

—Ya sé—continuò,—que voy á pediros un sacrificio mayor que el que os impone el convento, pero será menos duradero, y si accedéis, no creo que dure más de ocho ò diez años, dentro de los cuales seréis todavía muy jóven y podréis disfrutar entonces de una existencia, de la cual yo no os habré tomado más que una parte, la más hermosa, es verdad, pero en cambio procuraré aligeraros vuestra pena, no siendo exigente. ¿Me habéis comprendido?

—Sí, señor—contestó Gabriela, cuya agitaciòn contrastaba con la calma del general.

La jòven inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho y se cubriò el rostro con las manos.

Amargas lágrimas se desprendían de sus ojos y filtrándose entre sus dedos, caían cual lluvia de perlas, sobre su vestido.

Aquello no era el bello ideal que había soñado, pero el tono paternal del conde la impresionaba.

—¿Qué decidís, Gabriela?—preguntó el señor de Branville.—Si vaciláis, si queréis reflexionar, hacedlo. No os quiero poseer por sorpresa, sino por vuestra voluntad. Si aceptáis la mano leal que os tiendo, recordad que quiero ser para vos un padre á la vez que un marido. Un padre indulgente y cariñoso y un marido solícito y lleno de interés por vuestra dicha. De todos modos, cualquiera que sea vuestra resolución, estad tranquila respecto á vuestro porvenir, y os ruego que veais en mì, querida Gabriela, al mejor y al más fiel de vuestros amigos.

La jòven sonriò de la manera que deben ha-

cerlo los ángeles, y cogiendo una mano del conde, le dijo:

—General, ¿queréis aguardar mi contestación hasta mañana? No es mucho, pero deseo reflexionar algunas horas. Mañana os enviaré mi contestación. Ahora mismo os la podría dar; pero estoy tan impresionada por vuestro ofrecimiento, que mi consentimiento no sería libre.

Así, pues, hasta mañana.

Pasada la noche, y después de un combate en que su juventud se sublevaba contra aquella desproporcionada unión, escribió un billetito que hizo llevar al general.

El billete contenía estas palabras:

«Señor conde.

"Acepto con reconocimiento.

«Vuestra.

GABRIELA.»

IV

Algunos días después se celebró el matrimonio, sin ostentación ninguna á causa del reciente duelo de la señorita Desgranges.

No obstante, la ceremonia religiosa se vió muy concurrida, y á pesar de la propensión que siempre han tenido los nanteses de reirse de los matrimonios en que uno de los consortes triplica la edad al otro, ni uno solo mezcló con sus bromas los comentarios de otro género que se hacían de esta ceremonia.

El general de Branville gozaba del aprecio general y fué muy felicitado por haber tomado bajo su proteccion á la hermosa huérfana.

La gente joven, y todos los que conocian á Gabriela decian que el general estaba mas que recompensado por su accion, pues Gabriela era, sin duda de ningún género, la criatura más hermosa de la ciudad.

El general, digno, erguido, marcial sin fanfarroneria, rodeado de sus amigos leales y de

sus apuestos oficiales, era el blanco de todas las miradas.

Aparentaba lo que era. Nada más.

Su bondadoso y noble rostro expresaba un afectuoso respeto hacia su protegida, y más bien parecía que tomaba á la señorita Desgranges bajo su tutela que no por esposa.

Las antiguas amigas de Gabriela criticaban su matrimonio, por más que todas ellas se hubieran considerado muy halagadas si el general las hubiera escogido por compañeras.

La mirada penetrante y digna del conde de Branville parecía decirlas claramente:

—Vosotras habéis humillado á esta pobre niña, la habéis abrumado con vuestros desdenes y vuestros hipócritas ofrecimientos. Ya no tiene necesidad de vosotras. Yo la protejo. Cuando uno se titula conde de Branville y es además general de división y propietario de cuatro á cinco mil hectáreas de tierra, sin contar Traignac y sus bosques, se puede reir de las murmuraciones y marchar siempre con la cabeza erguida.

Durante la ceremonia, y á dos pasos de la desposada, se encontraba un joven capitán de Estado Mayor, inmóvil: no se atrevía á fijar sus miradas en la condesa, mientras que con sus brazos cruzados sobre el pecho trataba de contener los agitados latidos de su corazón y las sacudidas de su pecho semejantes á las de un volcán en erupción.

Nuestros lectores le habrán reconocido.

Era Roberto.

Había llegado la noche anterior y tenía necesidad de toda su energía para que las penas

que le devoraban no hicieran huella en su rostro.

Después de un opíparo almuerzo, en el que Sulpicio, el cocinero del general, se excedió, y al que asistieron los íntimos de la casa, los recién casados, acompañados de Roberto, salieron para París.

Durante el viaje, el desgraciado joven hizo esfuerzos sobrehumanos para aparentar una alegría que estaba muy lejos de sentir.

El general contemplaba con bondad aquellos dos séres que reunían en sí todo el cariño de su vida, y de los cuales había aceptado la tutela. Decíase que había realizado su dicha y se creía seguro de haberla completado.

Gabriela, turbada por la mirada de Roberto, con quien no había cambiado una sola palabra, iba callada y con los ojos bajos.

Era el mes de Octubre.

Los prados verdes, llenos de bueyes y otros animales de labranza; los campos, ya despojados de sus cosechas; las viñas, convertidas en sarmientos y conservando alguna que otra hoja coloreada por los últimos rayos del sol canicular; los bosques, todo desfilaba á los ojos de los viajeros, como los soldados en una revista delante del jefe que les inspecciona.

Después todo queda envuelto en la semi-obscuridad de la noche, y el tren especial que conducía á nuestros viajeros llegó á París á las diez de la noche.

Un lando blasonado, tirado por dos magníficos caballos ingleses, á los que no hubiera encontrado una falta el más delicado *sportman*, condujo al general, á su mujer y á Roberto.

Al llegar al hotel dijo el conde á su ahijado:

—Mi querido Roberto, quiero reservarte el placer de enseñar tú mismo á Gabriela tus trabajos. Ha sido él—añadió dirigiéndose á su mujer—el encargado de preparar vuestras habitaciones. El mozo tiene práctica y espera que sus trabajos sean de vuestro agrado.

El capitan sonrió tristemente y acompañó á la condesa á su cuarto.

Las paredes estaban cubiertas con tapices de Gobelinos, rodeados de un marco negro con filetes dorados.

Un solo retrato, el de la madre del conde, de dulce y melancólico rostro, y de expresión apasionadamente amorosa, hacía juego con la suntuosidad de la estancia.

Los colores de las tapicerías, artísticamente combinados, daban un aspecto encantador á aquellas habitaciones.

Los muebles eran muy valiosos y de gran mérito, y ninguno de ellos hacía despertar una idea de libertinaje.

Más que un tocador era un santuario.

Hubiérase dicho que el autor de esos trabajos quería recordar á la recién casada que era la mujer legítima del conde y no su querida.

En aquel centro de un mundo de severos recuerdos, debía vivir Gabriela, y cuando entró en la habitación su aspecto le pareció en harmonía con sus pensamientos, pues se volvió hacia Roberto dirigiéndole una mirada de agradecimiento, en la que se mezcló un rayo de pasión.

La mirada que cruzaron los jóvenes equivalía á una confesión.

Roberto, asustado de aquella muda confidencia, que consideraba como una traición á su bienhechor, se separó bruscamente de la condesa.

Iba á marcharse, cuando la voz de Gabriela le retuvo.

—No os marchéis—le dijo—sin que tengamos antes una explicación formal y precisa.

—Os suplico, Gabriela—contestó Roberto—que no me interroguéis y me dejéis partir.

—¿Y qué va á decir el general si bajáis solo? Esperadme—dijo Gabriela, poniendo su enguantada mano sobre el brazo del capitán.

—Es verdad, Gabriela, tenéis razón—murmuró Roberto á media voz,—vale más para nosotros que os confiese la verdad. Tengo confianza en vuestro honor y podéis fiaros en el mío. Además, mi confesión no será peligrosa, porque os dejaré muy pronto. Estoy desesperado por haber llegado tarde y no haber conocido antes vuestros proyectos.

—¿Para qué?—preguntó Gabriela, como si hubiera querido arrancarle uno á uno los secretos que no ignoraba.

—¿Tengo necesidad de ser más explícito? Me hubiera callado si no temiera que podríais atribuir mi silencio por vuestro cambio de fortuna. ¡No me juzguéis así! Mis cartas á de Tresmes atestiguan que mi más vehemente deseo era poder regresar y declararos mi pasión. Cuando supe vuestra resolución me quedé anonadado y me hirió mortalmente, como una bala de cañón en una batalla.

La sospecha de un cálculo interesado sería indigna de vos y de mí. Os amaba demasiado para que estas despreciables consideraciones

me hubieran impedido cumplir según me dictaba mi conciencia, y así, como soldado con fortuna, me hubiera casado con vos sin que me acusáseis de especulador interesado, del mismo modo, siendo vos pobre, os hubiera amado con igual pasion, muy dichoso de hacer vuestra felicidad asegurando la mía.

Pero ahora, ¡reposo, dicha, porvenir, todo lo he perdido!....

No tengo ni el recurso de aborrecer á quien os ha separado de mí

Sois la mujer de mi padre adoptivo, del hombre á quien debo todo lo que soy y por quien siento la más profunda veneración y el más sincero cariño.

Los pensamientos que os comunico, los deseos que me inspirais, la confesión que os he hecho, son doblemente más criminales y no me queda más que un recurso: partir, y mañana mismo me iré. ¡Adiós, Gabriela!

Y cogiéndola una mano depositó en ella un rápido y ardiente beso.

Loco de dolor salió de la estancia.

Cuando desapareció, la joven mirò su mano, y una lágrima que en ella había, la enjugó con sus labios.

Roberto al día siguiente se presentó muy temprano en el ministerio.

El subsecretario, con quien le unìa intima amistad, le recibió con los brazos abiertos.

—Os agradeceré—le dijo—que me hagáis un servicio.

Con mil amores. ¿Es urgente?

—Muchísimo.

¿De qué se trata?

—Me vais á retirar mi permiso y darme una

orden para que inmediatamente, en el primer tren, salga para San Petersburgo ò para el país que gustéis designarme, siempre que éste sea lejos, lo más lejos posible.

—No os comprendo—dijo el secretario, manifestando su extrañeza.

—Me esplicaré: Tengo una pena profundísima, y deseo que el general no se entere; si me quedo aquí no tendré suficiente valor para disimular, y si me marchó sin esplicación alguna, se enfadaría. Por eso una orden superior lo arregla todo y, aparentemente, yo no hago otra cosa que obedecer esa orden, sin necesidad de darle esplicaciones.

—Estais en lo justo.

Cinco minutos después, Roberto se encontraba en el despacho del ministro, quien sonriendo le firmó la orden de partida, fechada el día anterior, segun le rogó el capitan, y, entregándosela, le dijo;

—Se trata de penas del corazon, ¿no es cierto?.....

—Sí, señor miñistro.

—A vuestra edad y con la posición que ocupais, no se conocen otras.

—Señor ministro: ¿Quereis aumentar el precio del favor que acabais de hacerme?

—¿Cómo?

—Prometiéndome el secreto de mi peticiòn.

—¿Con todos?

—Con todos.

—¿Hasta con Branville?

—Sobre todo con el general.

El ministro reflexionó un instante. El general era su amigo. Acababa de casarse. El ayudante se alejaba bruscamente el mismo día de

su desposorio. Tal vez adivinara la causa del viaje de Roberto, pero no lo diò á entender.

—Os lo prometo—le contestò.

Cuando á eso de las diez bajó el general á sus caballerizas para dar una vuelta á caballo, antes de almorzar, su ayuda de cámara, Jacobo Jarin, un antiguo soldado que guardaba á su amo una fidelidad mayor que la de un perro de Terranova, le entregó la siguiente carta de Roberto:

"Mi querido general:

"No he querido turbar vuestra felicidad anunciándoos la cesación de mi permiso y la orden de volver inmediatamente á mi puesto.

"Esta orden, que no sé á que motivo obedece, me ha sido trasmitida ayer del ministerio.

"Espero, sin embargo, poder estar pronto de vuelta.

"Os envio mi más cariñoso abrazo.

"Haced presente mis recuerdos á la condesa.

"Vuestro reconocido.

"ROBERTO."

—¡Jacobo!—dijo el conde.—¿Has visto al capitán?

—Si, mi general.

—¿A qué hora se marchó?

—A las nueve mi general.

—¿Y por qué no ha entrado á despedirse de mi?

—¡Diablo, mi general....yo no sé,—dijo Jacobo.—Como vuestro cuarto estaba cerrado, habrá temido despertaros.

—Está bien.

Y el conde entrò en su casa, triste y descontento.

El comedor del hotel de Branville, es uno de los más agradables del mundo. Está todo artesonado de encina artísticamente tallada y en sus paredes se ven preciosos tapices de Oudry.

Cuando entró para almorzar y viò de pie ante la chimenea, donde ardía un magnifico fuego, la hermosa figura de la condesa, su mal humor se disipó.

—¡Dònde está vuestro protegido?—le preguntò Gabriela.

—No me hableis, querida mía. Estoy muy contrariado. Ha recibido una orden del ministro y ha tenido que marcharse precipitadamente.

—¿A dónde?

—A Rusia.

—¡Tan pronto? Yo creì que se quedaría algunos días con nosotros.

—Yo tambien, y estaba muy contento, pero esa malhadada orden lo ha desbaratado todo. Figúrate que no se ha despedido de nosotros por temor de afligirnos. Ese muchacho tiene un corazòn de oro.

Pero estoy tan turbado que, me olvido hasta el punto de tutearte. Un viejo como yo no respeta nada.—Dijo el general besando á su mujer, que se sonrojò.

—¡Pobre Roberto!—pensò Gabriela.